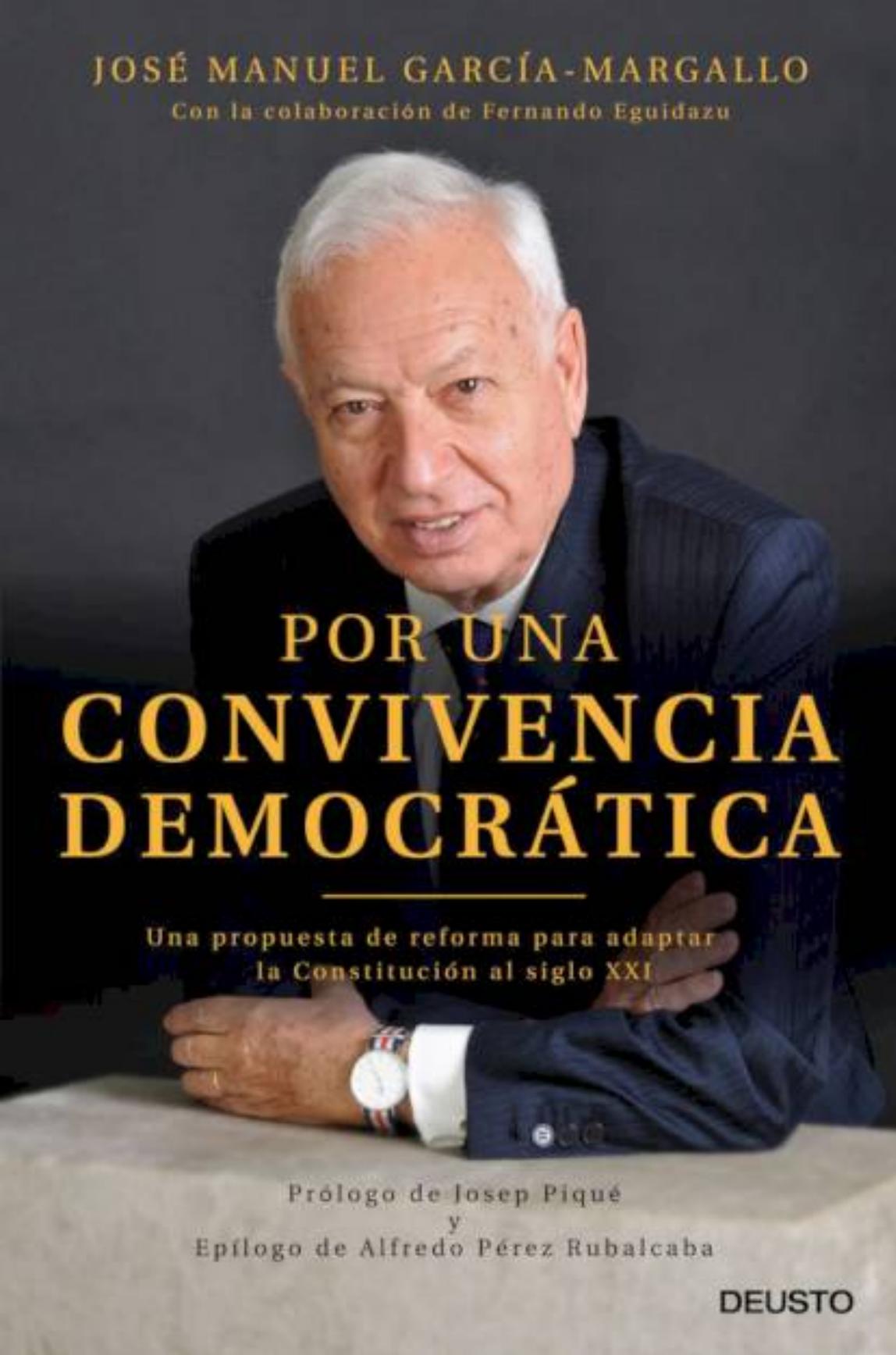


JOSÉ MANUEL GARCÍA-MARGALLO

Con la colaboración de Fernando Eguidazu

A portrait of José Manuel García-Margallo, an elderly man with white hair, wearing a dark blue suit and tie. He is leaning forward with his arms resting on a light-colored surface. The background is dark and out of focus.

POR UNA  
**CONVIVENCIA  
DEMOCRÁTICA**

---

Una propuesta de reforma para adaptar  
la Constitución al siglo XXI

Prólogo de Josep Piqué  
y  
Epílogo de Alfredo Pérez Rubalcaba

DEUSTO

## Índice

- Portada
- Sinopsis
- Dedicatoria
- Prólogo, por Josep Piqué Camps
- Mi querida España (o el porqué de este libro)
  - 1. Gobierno y liderazgo: lo que el mar nos enseña
  - 2. Un sismo llamado «globalización»
  - 3. En busca del himno perdido: la crisis de la Unión Europea
  - 4. Del arte de no perder el tren
  - 5. La cuestión territorial en la Constitución española
  - 6. Lenguas cual campanas
  - 7. Pecados capitales del sistema de financiación
  - 8. Un nuevo sistema de financiación
  - 9. Nihil novum: España y Cataluña a través de los siglos
  - 10. La cuestión catalana en tiempos recientes
  - 11. ¿Sería Cataluña un Estado independiente reconocido por la comunidad internacional?
  - 12. ... E la nave va: España, Cataluña y la Unión Europea
  - 13. Aviso para navegantes: el problema de la deuda en Cataluña
  - 14. La verdad sobre las balanzas fiscales
  - 15. La balanza comercial de Cataluña
  - 16. La reforma de la Constitución (I): ¿por qué, cómo y para qué?
  - 17. La reforma constitucional (II): contenido posible de la reforma
- Anexo. Propuesta de reforma de la Constitución española
- Nota final: sigamos la estoria
- Epílogo, por Alfredo Pérez Rubalcaba

Agradecimientos  
Bibliografía  
Créditos  
Notas

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## SINOPSIS

«Para preservar la Constitución hay que cambiarla». Esta premisa rige el empeño del exministro de Asuntos Exteriores José Manuel García-Margallo de dotar al país de un texto constitucional adaptado al presente y con la vista puesta en la regeneración de España y la búsqueda de una solución al problema del independentismo. En su nuevo libro *Por una convivencia democrática* propone y desarrolla un articulado nuevo que palíe los defectos de la Constitución Española: de diseño, como la discriminación por sexo en la sucesión al trono y el reparto de competencias entre el Estado y las comunidades autónomas; problemas de funcionamiento, como la falta de coordinación horizontal entre autonomías y la multiplicación de entes administrativos, y sobrevenidos por las circunstancias, como la inadecuación de la Constitución para adaptarse a la pertenencia de España a la Unión Europea.

La primera parte es un diagnóstico de los principales retos del país (federalismo, idea de España, régimen de competencias, sistema tributario, reforma administrativa...) y la segunda tiene un enfoque más técnico y aborda la reforma constitucional propiamente dicha, con una propuesta justificada de articulado y de procedimientos para modificar el texto surgido de la Transición sin perder su espíritu conciliador.

*A mi mujer, a mis hijos y a mis nietos  
y a todos los que llevan a Catalunya  
y a España en su cabeza y en su corazón.*

## Prólogo

Cuando José Manuel García-Margallo, buen amigo y excelente ministro de Asuntos Exteriores, me solicitó que prologara su nuevo libro, acepté de inmediato, a pesar de desconocer aún la literalidad de su contenido, aunque sí sus líneas generales que, generosamente, me había anticipado. Y asumiendo que, dada la arrolladora personalidad del autor y su valentía política e intelectual, hacerlo me podría suponer algún inconveniente ante algunos que, incapaces de incorporar la interpelación intelectual (o, dicho de otro modo, la sana provocación) a su cómodo y acomodaticio análisis, entienden que lo mejor en la vida es no meterse en líos innecesarios y no incomodar al poder en sus múltiples expresiones, ya sea en la política, la economía, las finanzas o los medios de comunicación.

Porque es evidente que García-Margallo es un personaje que, a veces, puede incomodar. E incomoda porque nos interpela ante los desafíos de una realidad que es como es y no como nos gustaría que fuera.

Y lo hace en la forma que nos tiene ya habituados: con datos, argumentos y razones. Y hasta aquí nada que objetar, y sí muchísimo que agradecer. En nuestro debate público adolecemos, cada vez más, de una creciente mediocridad, que se refleja en una agobiante pobreza intelectual, lo cual constituye pasto idóneo para todo tipo de argumentos simples y simplistas que pretenden ofrecer soluciones binarias a problemas complejos, propios de nuestras sociedades contemporáneas.

Obviamente, estoy hablando de los populismos, pero no sólo de ellos. El lenguaje binario, simple, de Twitter, ha contaminado —y, lamentablemente, parece que de manera irreversible— la confrontación de ideas y de proyectos. Es el triunfo de la consigna, del argumentario burdo y reduccionista, de la búsqueda de la derrota del adversario en ese espeso y sucio mar de las redes sociales, y no de la consecución de consensos básicos sobre nuestras necesidades colectivas. Y poco importan las consecuencias de tal tóxica aproximación al noble ejercicio de la política. El fin justifica los medios; y, si hace falta llevarse por delante cosas vitales para nuestra convivencia, se hace.

Tristemente, en nuestra España de hoy (y no sólo en ella, sino también, dramáticamente, en nuestra Europa y en el mundo entero), ese tipo de lenguaje político se ha vuelto preponderante. De hecho, vemos como el presidente de la nación más poderosa de la tierra (y, por ende, cargada de una tremenda responsabilidad añadida) transmite sus posiciones políticas, internas y externas, a través de tuits prácticamente diarios. Profundamente inquietante.

Por ello, aportaciones meditadas, razonamientos complejos, posiciones bien argumentadas y sostenidas en datos, fundamentadas en un sólido conocimiento del entramado jurídico que ha permitido construir la legalidad internacional y, por descontado, nuestro marco de convivencia democrática, deben ser siempre no sólo bien recibidos y agradecidos, sino que deben servir de acicate para reclamar que no sean una excepción.

Porque hoy la corrección política no consiste ya en no salirse del carril, para evitar problemas. Consiste en dinamitar los carriles, conseguir apoyos mediáticos espurios y poner permanentemente en cuestión las bases de nuestro modelo de convivencia. Como si eso fuera lo «moderno»..., lo «guay».

Y debemos rebelarnos ante esa perversión moral. Lo políticamente correcto debe ser, precisamente, hablar sin reservas y tapujos de lo que es necesario reformar y cambiar para que nuestro modelo de convivencia sea preservado en sus aspectos básicos y fundamentales. Porque estamos hablando de libertad, de igualdad, de tolerancia, de integración inclusiva, de bienestar o de prosperidad. Es decir, de nuestras democracias representativas y de nuestra economía social de mercado, base de nuestra sociedad del bienestar. Hablamos de Occidente. Y hablamos, sobre todo, de Europa. Y debemos insistir más que nunca en su defensa.

Porque la unión de Europa está en peligro y está siendo agredida desde diferentes flancos, externos e internos. Desde fuera, en lo político, por el avance de los sistemas autoritarios y de las llamadas «democracias iliberales» (flagrante contradicción en los términos) y en lo económico, por los sistemas de capitalismo intervencionista de Estado. Y ambos sistemas están en expansión, ante la aparente y, a veces, contradictoria «abdicación» de Estados Unidos en la defensa de nuestros valores comunes y ante la triste realidad de una Europa debilitada como proyecto político ilusionante. Y, desde dentro, por los diferentes populismos, amparados por las consecuencias devastadoras de la crisis económica y financiera que hemos padecido en la última década y, también, en muchos lugares, por el no menos destructor efecto de la corrupción, devastador para la moral colectiva y el prestigio de las instituciones democráticas.

Ambos sistemas ponen en cuestión temas tan de fondo como la solidaridad, la igualdad o la libertad. Porque sitúan lo propio por encima de lo común; o bien vuelven a tender a la confrontación social en lugar de a la cohesión; o bien ponen en cuestión las instituciones frente a una hipotética legitimidad de «la gente». Dicho de otro modo: no creen en la democracia representativa y quieren destruirla.

Y la quieren destruir tanto desde dentro como con la ayuda de fuera; unas veces, desde la derecha, y otras, desde la izquierda.

Por todo ello, hay que insistir en la necesidad no sólo de la pugna política, sino también de la batalla ideológica.

Los valores que han conformado nuestra Europa contemporánea deben defenderse en las instituciones, en los medios de comunicación, en las redes sociales, en las universidades, en los centros de pensamiento y, también, en la calle. Las libertades de expresión o de manifestación son conquistas democráticas de aquellos que han construido nuestros sistemas de convivencia y han posibilitado ese maravilloso proyecto común de una Europa cada vez más unida, y que están siendo utilizadas por los enemigos de tales conquistas para su destrucción.

Nada es irreversible en las conquistas humanas; ni la paz, ni la libertad, ni la igualdad, ni la democracia. Lo que puede parecer indestructible es susceptible de caer como un castillo de naipes. A veces, tales caídas son afortunadas, como cuando cayó el Muro de Berlín y se desmoronó la Unión Soviética, que parecía una construcción política perenne. Y otras veces son desafortunadas, como hemos visto con el *brexit*, que ha puesto de relieve que la construcción política de una Europa democrática, libre y cada vez más unida puede ser reversible, y que la historia puede volver hacia atrás.

En ese contexto, todo tipo de aportaciones intelectuales pueden ser enormemente útiles, y deben recibir un profundo agradecimiento por necesarias. Y más si pretenden comprender los desafíos que se derivan de la ausencia de liderazgos en Occidente, la gestión compleja de eso que hemos dado en denominar globalización o la crisis de identidad por la que atraviesa la Unión Europea. Y, desde luego, también si profundizan en nuestros retos más inmediatos; en nuestra querida España. Y ahí, a nuestro autor, le

duele España, porque le duele especialmente una parte sustancial de la misma: Cataluña. Como le pasa exactamente a quien suscribe estas líneas.

Y, en consecuencia, buena parte del libro se centra en el análisis de ese gran y admirable logro colectivo que llamamos Transición y en el intento, exitoso hasta hace poco, pero cuestionado ahora profundamente, de articular el debate territorial a través de lo que denominamos Estado de las autonomías. Una construcción política, nacida del título VIII de nuestra Constitución, desde los grandes principios establecidos en su artículo segundo.

No voy a extenderme sobre el análisis que hace García-Margallo. Sólo reiterar su rigor, su profundidad y su clara y explícita voluntad de ser útil, sin apriorismos poco fundamentados ni afirmaciones previas a un análisis objetivo.

Y ello transcurre desde una reflexión generosa y lúcida sobre las diferentes lenguas españolas, pasando por un repaso exhaustivo de la evolución de los diferentes métodos de financiación autonómica que hemos conocido, hasta propuestas concretas en ese terreno, propuestas que parten del conocimiento, la experiencia y, por qué no decirlo, de la sabiduría. Son planteamientos que, debo confesarlo, comparto en gran medida, y que nacen de un profundo amor y afecto hacia Cataluña, como parte de nuestra entrañable España.

Y por ello no nos debe extrañar la siguiente parte de la reflexión «margalliana», sobre la historia compartida y común, así como a cerca de las grandes mentiras del soberanismo. Y también sobre la vana ilusión de los secesionistas de conseguir el reconocimiento de la comunidad internacional, y sobre su tramposa pretensión de seguir formando parte de la Unión Europea, al margen del Estado español, o sobre la pretendida sostenibilidad de un hipotético Estado catalán con base en fantasmagóricas balanzas fiscales planteadas sin el menor rigor, cuando más bien sería incapaz de hacer frente a sus deudas y obligaciones. Los argu-

mentos de García-Margallo son, así pues, irrefutables, ya que no habla de quimeras, sino de hechos y datos. Basta con leerlos honestamente.

Pero, además, el autor va más allá. Y nos ofrece un análisis y unas propuestas muy concretas de reforma de nuestra Constitución, partiendo de una clara defensa del espíritu de la misma. Muchas de ellas son compartibles. Otras, discutibles, como es lógico, incluida la oportunidad del momento para abordar dicha reforma, dada la actual composición del Parlamento y la gran dificultad para articular amplios consensos básicos, absolutamente necesarios para garantizar su sostenibilidad y perdurabilidad.

Pero lo importante es la contribución al debate de una persona altamente inteligente y culta. Y de un gran patriota incluyente.

Nos conviene, pues, y mucho, leerle y escucharle.

JOSEP PIQUÉ CAMPS

Mi querida España  
(o el porqué de este libro)

*Mi querida España,  
esa España mía  
esa España nuestra...*

¿Recuerdan la canción? Para muchos españoles de mi generación, ese estribillo está indisolublemente unido a la crónica sentimental de unos tiempos difíciles e inciertos — como son los que ahora vivimos— pero cargados de ilusiones, de ganas de acertar, de pasar página. Días en los que todos éramos jóvenes —y en ese todos incluyo también a nuestra democracia en ciernes. Eran días en los que el viejo sistema —el arquitrabe, que decía Gil de Biedma— se caía a pedazos de puro anacrónico, y en los que todos —una sociedad entera, comprometida e ilusionada— estábamos allí para cambiarlo, para hacer uno nuevo y mejor. Ya estaba plantada la semilla de la concordia, que en un par de años daría fruto en la Constitución española de 1978.

En aquellos días —lo recordarán— sonaba en la radio una canción escrita por una chica llamada Evangelina Sobredo Galanes, conocida para el arte como «Cecilia». Cecilia era hija de un embajador de España, y, como todos los hijos de diplomáticos, había vivido en todas partes y había aprendido a leer, escribir —y cantar— en varias lenguas. Tras un rostro de niña y una voz casi por hacer, Cecilia escondía una sabiduría honda y templada, un talento exquisi-

to para pulsar sentimientos y un gusto por tocarle los costados a la censura que era muy propio de aquella época. En su tercer disco —que sufrió también los rigores ultramontanos del censor— incluyó aquella una canción, «Mi querida España» que sabía a himno:

*Mi querida España,  
esta España viva,  
esta España muerta.  
De tu santa siesta  
ahora te despiertan  
versos de poetas.  
¿Dónde están tus ojos?  
¿Dónde están tus manos?  
¿Dónde tu cabeza?*

Al poco tiempo de escribir aquella canción, Cecilia encontró la muerte en un accidente de tráfico. Era noche cerrada, regresaba a Madrid tras dar un concierto en Galicia y su automóvil chocó con un carromato de vacas en mitad de un predio perdido de Zamora... Hoy, en este país de la alta velocidad y las autopistas, ese accidente, casi de cuadro de José Gutiérrez Solana, nos parece inimaginable. Pero así era en tiempos no tan lejanos «esta España nuestra»...

El caso es que Cecilia se fue al otro mundo sin haber podido ver a esas dos Españas (a esa «España viva» y a esa «España muerta», a esa «España en dudas» y a esa «España cierta») reconciliadas y victoriosas a un tiempo. No pudo ver cómo se hacían verdad aquellas palabras de Salvador de Madariaga: «Los que antaño escogimos la libertad perdiendo la tierra y los que escogimos la tierra perdiendo la libertad nos hemos reunido para otear el camino que nos lleve juntos a la tierra y a la libertad». Por eso he querido que el prefacio de esta obra, en la que recojo mis ideas sobre el presente y el futuro de España, fuera un modesto homenaje a esa artista que se nos fue antes de tiempo, pero